



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



11 de enero de 1890



Núm. 115



PERDIDA Y ENCONTRADA



UN RATO DE CHARLA

VAMOS á ver cómo se portará este año de los *nueves*, aunque desde ahora puede decirse que por mal que lo haga lo hará mucho mejor que ese sin vergüenza que acaba de desaparecer, despidiéndose á guisa de *la flecha de los Partos*, sacudiéndonos el gran trancazo.

¡Vaya una fecha, señoritas y caballeros, esa de 1889! Los únicos que pueden haberse mostrado un tanto satisfechos son los parisienses (en mínima parte) y algunos de los histriones extranjeros que acudieron al *Gran certamen*; que lo que es el resto del mundo... ¡el diablo cargue con la carroña del 89!

En España, especialmente, tierra del rumbo, la Exposición ha producido los más terribles resultados: el que tenía cuatro cuartos fué á gastárselos allá, y ahora, ya en familia, tocamos las consecuencias.

Estamos mal, mal, mal, remal, pero sumamente remal. Escribo bajo la impresión de la lectura de un artículo de *Juan de España* que acabo de ver en *El Resumen*, y el cuadro que traza de *El arte en la regencia* no puede ser ni más verdadero ni más desconsolador. Y eso que el honrado articulista levanta sólo la parte de sábana que encubre aquella manifestación: calcúlese lo que sería si viniese uno con datos en la mano, y tirase de la manta y de las sábanas.

De política no hablemos, porque sería como si uno se tomase un cuarterón de ipecacuana. Es un espectáculo que no hay estómago que pueda resistir. Los negocios, mal; las costumbres, de cada vez más canallescas; nadie tiene alientos para nada; y la nación cami-

na á pasos agigantados hacia su anulación completa. Y, entretanto, como en un cuerpo decrepito y fofo, los parásitos se suben á la cabeza y allí se están, mientras el horrible pulpo llamado *Fisco* succiona con avidez todo lo nutritivo de la desdichada *Flaca*, sin que basten sus chupetones á hartarle, como si padeciese de la solitaria, como si dentro de sus entrañas, según acontece con las del tiburón, hubiese un huésped que enguliese lo que él se traga.

No: nunca se ha encontrado España en tan mala situación como ahora. Se habla de los ominosos tiempos de Carlos II; pero ¿qué no pagaríamos por tener un Valenzuela? Lo cierto es que á los borbónicos les convenia presentar con sombríos colores aquel reinado, y yo no sé ver que sea muy preferible lo de ahora á lo de entonces. Cuando menos no se había encanallado el espíritu nacional; y cuando en el siguiente reinado hubo que batir el cobre, demostraron los catalano-aragoneses y la España castellana, en luctuosa lucha, cualidades tan admirables como se vieron en los sitios de Játiva, de Alicante y de Barcelona.

En cambio, hoy, ¡ay de España! No hay quien abrigue una convicción con firmeza. El pueblo, ese pueblo que ve en Madrid procesiones en el cielo y que en Málaga se va detrás del Santo, resulta más fanático, más imbécil, que el que presenciaba los autos de fe y que cuando menos tenía tan fino el paladar literario que para él escribían Lope, Tirso y Calderón sus comedias.



El niño ruidoso

¿Dónde acudir para salir de ese misero estado en que nos encontramos? ¿Quién es capaz de desinfectar esta atmósfera? ¿Quién contendrá esta gangrena? ¿Habremos de resignarnos á perecer,



Pasat-empo inocente

á ver como desiertan de España sus mejores hijos, á ir á parar de tumbo en tumbo al lodazal donde se agita Turquía, ó á emular las glorias de la República Haitiana?

Tal es la situación: no ya en la juventud actual, viciada y corrompida, sino en los niños, pueden fundarse quizás algunas esperanzas. ¡Quiera Dios que cuando seáis mayores penséis y obréis mejor que estas desdichadas generaciones que van á dejaros por herencia un país desgraciado, impotente y chocho!

Procuraré ser más alegre otro día; pero, á la verdad, al tender la vista ante el cuadro que ofrece hoy nuestra desventurada patria, no puedo reirme y sólo me quedan alientos para allá en

un lejano porvenir fiar en vosotros, si es que os sirve de lección y escarmiento lo que está pasando.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





LA INTEMPERANCIA DE LOS NIÑOS

HA dicho un autor, ingeniosa y certeramente, que todo aquel que no posee el espíritu ó ingenio propio de su edad y adecuado á ella, es víctima de cuantas desgracias y contrariedades le son inherentes.

Las *precocidades* de los niños seducen de momento, pero hastían en definitiva, del mismo modo que las *puerilidades* del anciano y decrepito (el *viejo verde*) excitan el interés del contraste, sin que por ello dejen de producir el mal efecto consiguiente á todo lo que es anormal. Unas y otras son, en efecto, irregularidades contrarias á la ley de la vida, que exige determinar conducta y obra según la naturaleza del momento (edad) en que se desarrolla nuestra existencia.

El niño debe ser niño, y el joven, adulto, hombre maduro y viejo deben vivir en consonancia con lo que de ellos exige el *presente* efectivo en que viven.

No impide tal exigencia poner el punto de mira en que cada edad de la vida sea preparación fecunda y útil para la siguiente. Así el niño debe ser niño, y el pedagogo perspicuo y diligente ha de disponerle de modo favorable para ser joven y más tarde hombre reflexivo.

Prueba, por ejemplo, la observación diaria, que el niño es, por naturaleza propia, *intemperante*, y lo es en un doble sentido; pues, según se dice vulgarmente, peca por carta de más ó por carta de menos. Y para corregir tales intemperancias y disponer al educando á que halle *línea media*, igualdad de tono y carácter, norma adecuada á las múltiples impresiones del inmenso cambiante de la impresionabilidad infantil, ha de cuidar el padre en primer término, el pedagogo en segundo lugar, que el medio en que el niño se mueve y las advertencias que de él recibe se conviertan gradualmente, y merced á un arte delicado, en enseñanzas provechosas para el fin indicado.

Nadie negará, por superficial que sea su observación, cuán frecuente es en

el niño determinar la reacción de su sensibilidad ante nuevas impresiones, ó huyendo tímidamente de ellas (faltando á su puesto y pecando *por carta de menos*) ó subyugándolas á su capricho (exaltando su presunción y pecando *por carta de más*). En el primer caso el niño se intimida y empequeñece, huye del soñado peligro y se niega á la relación exterior, empeñándose neciamente, como el inglés del cuento, en aprender á nadar si comienza por la segunda vez, ya que la primera impresión es muy dolorosa. Por el contrario, en el último caso, la presunción subjetiva del niño tiende á gastar pólvora en salvas ó



El gato encerrado

á matar pájaros á cañonazos, derrochando energía que pudiera emplear en más serios empeños.

En ambos casos imprime el niño mala dirección á sus energías, pues si en el primero las abandona sin ponerlas á prueba, en el segundo las malgasta y derrocha sin utilizarlas convenientemente. Ejemplo bien preciso será de ello el niño que, desarrollado en una educación viciosa, recita campanudamente versos de nuestros clásicos y no puede tenerse de pie sobre una silla porque tal posición le produce vértigo ó mareo. La energía que le sobra para poner de relieve una presunción que, como todas, degenera en ridícula, le falta para rehacer sobre la impresión que le cause postura más ó menos arriesgada.

Quizá procede semejante desequilibrio del abandono punible en el niño y en los que le dirigen de determinadas impresiones, en las cuales debe adiestrarse el primero á fin de crecer y desarrollarse como planta lozana influida por todos los vientos, y no como planta de estufa y enfermiza por estar rodeada de un medio artificial.

Influye de tal suerte este género de educación viciosa en el joven y más tarde en el hombre, se arraiga de modo tan hondo en la idiosincrasia de las gentes, que, ya en uno, ya en otro extremo, se encuentra en la vida personas que parecen *inteligencias servidas por órganos* ú organismos, sin más indicios de su racionalidad que el uso mecánico del lenguaje.

Prescindiendo del arte que requiere la obra compleja de la educación, arte delicadísimo que sólo se aprende en el rudo batallar de la práctica y dando lecciones sobre el terreno, siempre laborable, de la humana condición, no se arriesga nada, sino que se procede con pies de plomo, infiriendo que la causa originaria de tales desequilibrios y anormalidades, procede en primer término de un aislamiento contrario á lo complejo de la vida misma, y de una rutina y uniformidad en las impresiones que habitúa de modo inconsciente al niño á huir y aun á temer las nuevas, ahogando en su origen la más bella cualidad de la infancia, que es su ingenua espontaneidad, la cual rebosa con exceso en el instinto de la curiosidad.

Debe, pues, evitarse el aislamiento del niño y la monotonía de sus impresiones, ampliando constantemente y aun cambiando en lo posible el horizonte dentro del cual se mueve y agita. Ni la educación exclusiva ó individual ni el medio uniforme y constante pueden suministrar al niño impresiones variadas como condición necesaria de la flexibilidad de carácter y adaptación á las circunstancias que se le han de imponer duramente en la vida.

En suma, la educación del niño debe ser (sin perder su característica individual) *colectiva*, y el medio en que la reciba ha de ser variado y complejo como lo es la realidad, en la cual ha de influir ya hombre, y á la cual, lo mismo que á sus ineludibles exigencias, se ha de atemperar. Sólo de este modo será posible dar al tiempo lo que es del tiempo (hora y sazón para las cosas), y, viviendo en el presente que corre, preparar previsoriamente el porvenir que se acerca ó vivir, cómo decía el grande Espinosa, *sub specie aeternitatis*.

U. GONZÁLEZ SERRANO





La niña sería



JUSTO CASTIGO

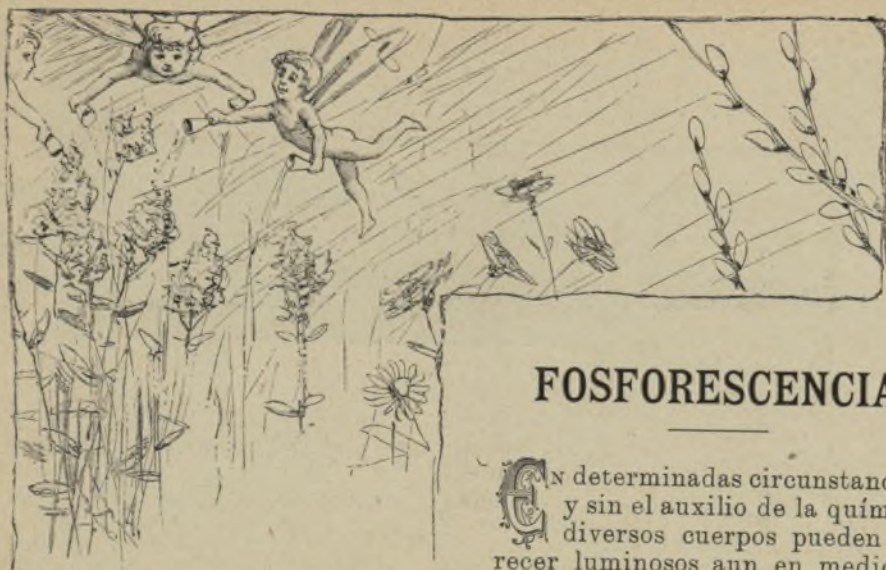
Al cielo, con coraje,
escupió un mozo,
y su propia saliva
cayóle al rostro.

*El hombre inicuo
que á su prójimo infama
se infama él mismo.*

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



Huid del frío



FOSFORESCENCIA

En determinadas circunstancias, y sin el auxilio de la química, diversos cuerpos pueden parecer luminosos aun en medio de la más tenebrosa oscuridad.

En 1677 un alquimista de Hamburgo, llamado Brandit, descubrió por medio de un procedimiento, sobre el cual guardó largo tiempo el mayor secreto, un nuevo cuerpo dotado, entre otras propiedades singulares, de la facultad de emitir, cuando se le pone al aire, una leve humareda que se renueva continuamente. Este vapor es luminoso en la oscuridad, por cuya razón se le aplicó el nombre de *fósforo* á dicha sustancia. Si se trazan con un cilindro de fósforo algunos signos en la pared, aparecen como rastros luminosos en la oscuridad, y no cesan de brillar hasta que ha desaparecido por completo la materia fosforada, ya sea por combustión lenta, ya por evaporación.

Mucho antes que se descubriera este cuerpo, dábase el nombre de *fósforo* á todas las sustancias que como ésta emiten luz sin color perceptible: tales son las ramas que la humedad hace caer en descomposición, los peces del mar muertos, pero no putrefactos, cuyo color se comunica al agua del mar cuando se les agita; y, por último, un gran número de sustancias minerales cuando se las frota ó se las golpea ó se las sujeta á la influencia de los rayos solares.

Los físicos y los naturalistas dan el nombre de *fosforescencia* á esta luz espontánea y artificial.

La fosforescencia no es peculiar de las materias inorgánicas ó privadas de vida.

Cuando nos paseamos por el campo en una calurosa noche de verano, frecuentemente se divisan sobre la yerba, ó entre malezas, pequeños puntos luminosos que brillan como millares de impalpables lucecitas semejantes á estrellas terrestres suspendidas en el vacío. Son los *lampiris* ó *luciérnagas*, cuya larva goza, lo propio que el insecto, la propiedad de emitir un fulgor verde azulado. Los *fulgores* de la Guyana y los *cucuyos* de México, Cuba y el Brasil, brillan de noche con una luz tan viva que permiten leer con su solo auxilio. Ciertas flores, como la caléndula, la capuchina, la rosa de la India, y otras flores, se consideran como fosforescentes, pudiéndose observar mejor esta manifestación en ellas después de un día de sol muy vivo, pues parece ser la insolación condición precisa para emitir luego la fosforescencia.

Las fosforescencias del mar las producen millones de animalillos que, como los lampiris y fulgores, emiten una luz bastante intensa para dar á las olas la fantástica entonación de masas inflamadas. Los infusorios, medusas ó arterias difunden simultáneamente á las aguas transparencias rojas, verdes y azuladas, comunicando á la superficie un tinte blanquecino, por lo cual los marineros dan á ciertos mares el nombre de *mar de nieve* ó *mar de leche*.

Las conchas de las ostras calcinadas se vuelven luminosas cuando se las ha expuesto á la luz del sol, debiendo al sulfuro de calcio esta propiedad que tienen también los sulfuros de bario y de estroncio.

La fosforescencia puede desarrollarse asimismo en gran número de sustancias por medio de acciones mecánicas ó químicas. Una rueda de vidrio frotada en el vacío de un tubo de la misma materia, despiden un fulgor bastante intenso, cuyo color es rojo de fuego. Un trozo del mineral llamado *dolomita* da un rastro luminoso rojo si se le frota con un pedazo de paño. Lo propio acontece con ciertos diamantes. La cal fosfatada emite un color amarillo por frotamiento. ¿Quién no ha observado, al partir un terroncito de azúcar, los fulgores que se perciben en el momento del choque? La acción del calor engendra también fosforescencias y á una temperatura muy inferior á la incandescencia. El espato-fluor, el diamante y otras piedras preciosas, la creta, los sulfatos de potasa y de quinina, despiden luz cuando se les pone en contacto con cuerpos calientes. Entre los cuerpos que se vuelven fosforescentes por medio del calor, pueden citarse la hulla, la turba, la plumbagina, el azabache, el papel, los huesos, el azufre, los dientes y el coral; y entre los líquidos, las esencias de trementina y de limón, y el aceite de petróleo. Por último, muchas sustancias de origen orgánico ó mineral se vuelven fosforescentes si se las expone algún tiempo á la acción de un foco de luz fuerte, por ejemplo al de los rayos del sol. La intensidad, la duración, y el color del fulgor producido por la insolación, depende de la naturaleza de las sustancias á la vez que de su estado físico.

Todos los cuerpos que hemos enumerado, y que se hacen fosforescentes por causas determinadas, adquieren por tiempo limitado, bien que á veces bastante considerable, la propiedad de ser luminosos por sí mismos, de emitir luz perceptible en la oscuridad, y á veces suficientemente extensa para iluminar los objetos próximos á su alrededor.

AEROLITO



VARIEDADES

EL PAPEL

HABÉIS de saber, mis pequeños lectores, que uno de los descubrimientos que más utilidad han reportado á la humanidad, contribuyendo de una manera directa á su civilización y progreso, ha sido, sin duda alguna, la imprenta. Pero como el invento de Gutenberg podéis verlo y conocer sus secretos sin dificultad, me ocuparé de uno de sus elementos principales y de su historia: el papel.

Cuando ya los hombres hubieron inventado los símbolos por medio de los cuales habían de representar sus pensamientos, buscaron sustancias á propósito para grabar en ellas sus ideas y manifestarlas á las generaciones venideras, valiéndose para ello de materias que al principio fueron planchas de marfil cubiertas de cera, en las cuales grababan los caracteres con un punzón llamado *estilo*; y para objetos de carácter más permanente emplearon metales, piedras y ladrillos, que grababan en blando y después secaban al calor del sol ó por la acción del fuego.

La madera fué también otra de las sustancias que entonces emplearon con el mismo objeto, pues es sabido que en Roma, para su registro diario *dracul* de los pontífices, usaron, los encargados de redactarlos, dicha sustancia con una mano de albayalde (blanco), que en latín es *album*; tomando de aquí el nombre los libros que, más ó menos lujosamente encuadernados, ocupan un lugar preferente en nuestros salones, en los cuales se pinta, se escriben poesías ó se colocan retratos. Mas todos estos objetos ofrecían no pocas dificultades, por la dureza de las materias empleadas en los unos y por la facilidad con que se borraban ó destruían los caracteres en los otros.

En Egipto se hacía uso de la corteza de una planta llamada *papiro*, de la cual tomó el nombre el papel. El papiro es una grande y hermosa planta de la familia de los juncias. Todas las partes de esta planta se utilizaban para las necesidades de la vida, sacándose de ella cuerdas y tejidos de que se hacían vestidos y velas para los navíos, y su raíz podía comerse cruda, hervida ó tostada. Pero sobre todo esto estaba el películo, que servía para la fabricación del papel. Para su empleo los egipcios quitaban las diez ó doce películas que rodeaban al tallo, siendo más suaves á medida que se acercaban al centro. Estirábanlas, y después de prensadas y pulimentadas las sumergían en aceite de cedro para su conservación. Como cada día las necesidades eran mayores, las plantas del papiro iban disminuyendo, en términos que hubo necesidad de acudir á otras materias que pudieran sustituirle, pues por su mucha escasez vendiase muy caro y llegó á ser difícil su adquisición. Entonces se pensó en el pergamino, voz derivada de Pérgamo, ciudad de la antigua *Troade*.

Desde tiempos muy remotos se empleaban las pieles curtidas para escribir, pero no se perfeccionó su elaboración hasta el siglo II antes de nuestra era, por la protección que le dispensara Atalo II, rey de Pérgamo, llegando á construirse algunos con tal perfección que no las igualaría el papel más sutil y delicado. Fué tal la importancia de dicha materia, que aun hoy se emplea en documentos de algún valor y cuya conservación se desea asegurar. También los intestinos de los animales se emplearon algunas veces para la escritura. Zonaro refiere en sus *Anales* que la biblioteca de Constantinopla poseía las obras de Homero escritas en letras de oro en un intestino de serpiente que medía 120 pies de longitud.

Al terminar la edad media, los hombres pudieron consagrarse de lleno al estudio, y no era suficiente el pergamino para cubrir las necesidades de la época, llegando la escasez hasta el punto de borrar y limpiar los pergaminos escritos para volver de nuevo á emplearlos.

Los chinos conocían el arte de fabricar papel de pasta muchos siglos antes de nuestra era, empleando diversas sustancias, tales como el bambú, el moral, la borra de seda, la paja de algunos vegetales y multitud de filamentos de otros. Los árabes sustituyeron estas sustancias por el algodón, que, aunque de menor resistencia, llenaba las necesidades y se hacía de él gran comercio.

Después de expulsados los moros de España, y dueños los españoles del último de sus baluartes, habitaron en sus campiñas y se extendieron hasta Valencia, donde se cría lino en abundancia, estableciendo grandes fábricas para la elaboración del papel que en lugar de algodón empleaban trapos de hilo; siendo tales sus productos, y adquiriendo sus fábricas tal nombre y fama, que no hubo nación alguna que dejara de emplearlos.

Muchos son los usos á que se destina el papel, é inmensas las ventajas que proporciona y que sería prolijo enumerar por sus diversas aplicaciones. Únicamente citaremos, como más importante, que sin el papel el maravilloso invento de Gutenberg no habría podido realizarse, y los libros, esos prodigiosos secretos de la ciencia, no se habrían puesto al alcance de todas las fortunas difundiendo el saber por todas partes, habiendo tenido que vivir sumidos en la ignorancia.

EMILIO IGLESIAS SÁNCHEZ



—+ NUESTROS GRABADOS +—

PERDIDA Y ENCONTRADA

La niña Elisa, saliendo un día de su casa sin decir nada á su mamá, fué al campo inmediato, y, después de haber corrido largo tiempo buscando bonitas flores y mariposas, echóse sobre el césped para descansar un rato, y allí quedó profundamente dormida.

Entretanto, su mamá, no encontrándola en toda la casa, creyó que habría salido con su papá; mas al ver á éste entrar solo, experimentó la mayor ansiedad. Los dos creyeron que la niña se habría perdido verdaderamente.

Sin embargo, el perro, comprendiendo sin duda la inquietud de su amo, salió corriendo de la casa, seguido de cerca por el papá de Elisa, y aun se la encontró durmiendo tranquilamente.

EL NIÑO RUIDOSO

Hay niños que no están contentos sino cuando hacen mucho ruido, y uno de ellos es Alfredo. Á cada instante se le oye tocar el tambor; y cuando deja éste, toca una carraca cuyo chirrido es sumamente desagradable, ó bien busca su zambomba y nos molesta durante largo rato con el ruido que produce. Si no toca ninguno de esos instrumentos, grita y canta, y á nadie deja descansar un instante. Alfredo es el niño más ruidoso que puede haber en el mundo.

PASATIEMPO INOCENTE

Cuando quiero hacer gritar á mi hermanito, le enseño unas grosellas, á las que es muy aficionado, poniéndolas casi al alcance de su mano; pero en el momento de ir á cogerlas retírolas para que no las aplaste entre los dedos; y cuando al fin veo que se desespera, le hago cerrar los ojos é introdúzcole el fruto en la boca, dejándole así contento para todo el día.

EL GATO ENCERRADO

Mi tía Nicolasa, que debía emprender un corto viaje, comenzó á preparar su maleta; y como llegase una visita cuando se ocupaba en esto, salió de la habitación, dejando aquélla sin cerrar.

Entretanto el gatito de casa introdujose en la maleta, y, hallándose allí sin duda bien, quedóse dormido debajo de unos pañuelos.

Poco después volvió mi tía, cerró la maleta y dió orden de bajarla al coche. Cuando éste iba á ponerse en marcha, oyóse al gato mayar; mas como no se le viese por ninguna parte, sospechóse al fin lo que había pasado, abrióse la maleta, y el pobre animal saltó fuera, espantado aún de haberse visto en tan estrecha prisión.

Mi buena tía no quiso marchar hasta que estuvo completamente segura de que el pobre gato no se había resentido de su encaramiento, y extrañóse de que hubiera podido vivir tan largo rato sin el aire necesario.

LA NIÑA SERIA

Esta niña que veís, aunque solamente tiene ocho años y es lindísima, distínguese por su aspecto de gravedad: en vez de ir á jugar con sus compañeras, prefiere recorrer sola el bosque, seguida de su perro, y diríase que es ya una mujer formal.

HUID DEL FRÍO

Ya llegó, tiernas avecillas, la estación en que debéis buscar otras regiones más cálidas. El invierno se acerca con sus nieves y sus helados vientos; las flores han cerrado sus pétalos; las hojas de los árboles, secas y marchitas, cubren ya el suelo; la espesura y el ramaje no os ofrecen ya seguro refugio.

Idos pronto, avecillas: volad hacia las regiones del sur, donde el sol brilla con más fuerza y donde las plantas siguen floreciendo aún; pero volved aquí con la primavera, porque sin vuestros dulces trinos y gorjeos el bosque carece de vida y de animación.

LOS DOS CUBOS

Un cubo que estaba en el brocal de un pozo burlábase de su compañero porque se hallaba en el fondo y no al aire libre como él; pero un momento después llegó la criada de la casa, hizo correr la cuerda y sumergió al cubo orgulloso, mientras que el otro salía de las profundidades.

LA VIDA DEL NIÑO

Por la mañana el niño se despierta alegre y contento, con los mejores ánimos para correr y jugar; pero tal vez alguna de sus travesuras le costará lágrimas.

Por la tarde el niño está en el prado, donde se entretiene en buscar grillos y coger mariposas, esperando la hora en que deben ir á buscarlo.

Ya llegó el niño á casa, pero aun no está cansado. Quiere jugar más, y baja al jardín. Aquí se entretiene en perseguir á las abejas, que vuelan de flor en flor; y, al fin, rendido de cansancio, échase sobre el blando césped, donde muy pronto sus ojos se cierran y queda sumido en profundo sueño.





UN salón, boulevard Malesherbes, números 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc.)

—¿Matilde toma siempre lecciones de piano?

—Más que nunca. Solamente que hemos cambiado de profesor: no era bastante bueno para ella.

—¡Cómo! Me habían dicho que tomaba lecciones de Marmontel...

—En efecto... pero ¡ahí verá V. lo que son las reputaciones de París!... Marmontel la enseñaba mucha música de conjunto, y aun á menudo la ayudaba á tocar piezas á cuatro manos. Pues bien: ¿creería V. que la chica encontraba medio de llegar dos, y á veces tres, compases antes que él? Cuando vi eso me dije: «—Puesto que Matilde llega antes, es que toca más aprisa que Marmontel; y si toca más aprisa, es que toca mejor.» Le hablé á mi esposo, y ha encontrado, como yo, que era un abuso pagar á veinte francos lecciones como esas.

—¡Pobrecilla! Es maravilloso, á su edad, tocar tan aprisa. Y ¿quién la enseña ahora?

—Un polaquito que no es muy conocido todavía: el señor Galopski, Galopskowikz... ó cosa así. Si le oyese V. tocar *La Prière de Moïse* con Matilde, se quedaría V. con un palmo de boca abierta. Es cosa de quién llegará el primero. La niña hace cuanto puede, pero sólo se le oye á él. Yo no sé cómo se las arregla, pero siempre encuentra manera de llegar cinco compases antes que ella... y sólo cuesta diez francos.

EN UNA TERTULIA

(Saloncillo de la baronesa de X. Diez personas se están atiborrando de te y padeciendo música.)

—¡Cómo, mi general! ¡Querer que yo cante delante de tanta gente! Nunca me atrevería á ello. Sólo canto cuando estoy sola. Aparte de lo cual no sé nada nuevo: los autores no hacen ya la menor cosa que valga la pena.

—Pero, mujer, ¿quieres siempre hacerte de rogar?—dice el marido, agente de bolsa, á quien le gusta mucho la música desde que cuando joven estuvo á punto de aprender á tocar el saxofón.—Cántanos aquella melodía que causó tanto efecto el otro domingo...

- No me acuerdo de la letra...
 - Entonces, la que ensayabas esta mañana.
 - No sé el acompañamiento.
 - Eso no le hace: canta la segunda con el acompañamiento de la primera.
- ¿Acaso escucha nadie el acompañamiento?



Los dos cubos

EN UN BAILE

(Calle de Ville-l'Evêque.
Reunión de confianza en
casa de la marquesa.)

—¿No te atreverás á bailar?

—Seguramente que sí, pero tanto peor para mi caballero. Alguna vez habré de comenzar.

—¡Pero si no has valsado nunca!

—¿Cómo? ¿Cómo? He hecho bailar hoy todas las sillas del salón mientras mamá tocaba su eterno vals de *Dinorah*.

—Señorita, ¿me concede V. el honor de...?

—Con mucho gusto, caballero.

—(Aparte.) Una, doss, tress; una, doss, tress... Eso no va bien. (En alta voz.) ¿Quiere V. descansar, señorita?

—Con mucho gusto, caballero.

(Conversación embara-

zosa: vuelta á coger el talle: giran, etcétera.)

—(Aparte.) Una, doss, tress; una, doss, tress; una, doss... ¡Cáspita!... No hay manera de valsar con esa muñeca. (En alta voz.) ¿Quiere V. descansar, señorita?

—¡Me pregunta V. eso porque bailo mal!

—¡Oh! Señorita... ¡Una pluma! ¡Un colibrí! ¡Un saltamontes!... El...

Aquí la señorita lanza una mirada de desesperación al papel de música colocado en el atril del piano.

—¡Ah!... ¡Ya me lo explico todo! Ya sé por qué no podía valsar. Este vals está en *re bemol*, y yo no valsaba más que en *fa*.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA